

## «EIDADES ESPIRITUALES» Y SUS APLICACIONES CATEQUISTICAS

El educador procura conocer los avances de su labor en el niño, el adolescente o el joven que tiene encomendados. El catequista, educador de la fe, no estará menos interesado en disponer de algunos criterios que le permitan seguir con cierta probabilidad los progresos de la catequización. Este artículo intenta desbrozar algún camino en este sentido.

Intentaré aclarar unos interrogantes. Quizá las respuestas nos dejen vislumbrar unas cuantas aplicaciones catequísticas de interés:

1.º ¿Existe alguna relación entre madurez humana y madurez cristiana?

2.º La asimilación del Mensaje, ¿tiene también sus edades típicas como las tiene la maduración humana?

3.º ¿Cuáles serían las características de cada una de estas etapas en vistas a orientar la labor catequística?

El abbé Léon BARBEY<sup>1</sup>, en *Devenir adulte*, p. 222, reconoce que el estudio de la relación entre edades biológicas y crecimiento religioso es tarea que se halla a lo más en su período juvenil. Su interés, sin embargo, es tal que creo justifica estas líneas presentadas, no como trabajo de investigación, sino como sencilla sistematización de algunas ideas sobre el tema, orientadas a su inmediata aplicación práctica.

### I.—LA PEDAGOGÍA DE LA FE TIENE UNA META: EL ADULTO CRISTIANO

Habría que precisar que se trata de una meta segunda, ya que la meta primera de toda catequesis es hacer resonar la Palabra de

<sup>1</sup> VARIOS AUTORES, *Devenir adulte*, Collection «Convergences», Editions Spes, Paris, 1960, 251 p., 20 x 13.

Dios en los oídos de quienes están preparados para aceptarla gracias a la conversión a Cristo.

Es verdad que se dan simultáneamente en la práctica el resonar la Palabra, el oírla el sujeto y la maduración cristiana de éste al escucharla. No obstante esto, conviene insistir en la distinción señalada, pues ocurre con frecuencia que, preocupados ante todo por el sujeto receptor, se olvida en la práctica la disposición esencial de servicio del catequista para con la Palabra de Dios, y se cae entonces inconscientemente en una catequesis antropocéntrica.

Soslayado el peligro de confusión, aclaremos el título de este apartado. La Biblia nos ofrece punto de apoyo interesante para entender, por comparación con la vida física, los principales estadios del desarrollo espiritual.

Cristo ha usado a menudo la imagen del fructificar de la semilla, del crecimiento de la nueva planta, o del nacimiento humano, por ejemplo en el diálogo con Nicodemo (Jn 3).

El mismo símil del crecimiento natural es empleado con frecuencia por los autores del Nuevo Testamento:

En la *I Petri* —epístola que suele presentarse como eminentemente catequística—, dice el apóstol a los neófitos: «Como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual auténtica, para que, gracias a ella, crezcáis para la salvación, si por lo menos habéis gustado cuán bueno es el Señor». (2, 2)

El que, pasado cierto tiempo, sigan todavía siendo niños, resultará molesto a los catequistas, por ejemplo a S. Pablo:

«En cuanto a mí, hermanos, no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a seres carnales, como a niños en Cristo. Os he dado a beber leche, no una comida fuerte; aún no podíais soportarla.» (1 Cor 3, 1-2.)

Misma queja a los Hebreos, porque, después de la formación recibida, ya debería poder tratárseles como a adultos cristianos: «Sobre este tema tenemos aún muchas cosas que deciros, difíciles de exponer, porque os habéis vuelto tardos para entender. En efecto, debiendo, en razón del tiempo, ser maestros, tenéis de nuevo necesidad de que se os enseñen los primeros rudimentos de los oráculos de Dios, y estáis reducidos a necesitar leche en vez de comida fuerte. Pues el que está reducido a tomar leche no puede saborear la doctrina de justicia, por ser niño pequeño; mas de los hombres maduros es el manjar sólido; de aquellos que,

por la costumbre, tienen ejercitado el sentido moral para discernir el bien del mal». (Heb 5, 11-14.)

«Ser pequeño» —al cabo de cierto tiempo de formación cristiana— es, en la mente del Apóstol, una deficiencia; por esto dice: «Hermanos, no parezcáis niños en cuanto al juicio; niños en cuanto a malicia sí; pero en cuanto a juicio, hombres maduros». (1 Cor 14, 20.)

El trabajo apostólico intenta hacer a todo hombre «perfecto en Cristo»: «Anunciamos a Cristo, advirtiendo a todo hombre, instruyéndole en toda sabiduría, para que todo hombre llegue a ser perfecto en Cristo». (Col 1, 28.)

Este crecimiento de los individuos repercute en el crecimiento del Cuerpo entero: «Organizando así a los santos para la obra del ministerio en orden a la construcción del Cuerpo de Cristo, al cabo de la cual hemos de llegar a no hacer todos juntos más que uno solo en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, y a constituir ese hombre perfecto, en la fuerza de la edad, que realiza la plenitud de Cristo... Así no seremos ya niños que se dejan llevar por todo viento de doctrina... Sino que, viviendo en la verdad y la caridad, creceremos de todos modos hacia el que es la cabeza, Cristo». (Ef 4, 12-15.)

Los autores del Nuevo Testamento señalan, pues, la urgencia de superar las etapas infantiles de la formación cristiana, para que cada cristiano alcance pronto la edad del hombre perfecto, del adulto en Cristo; en esto concuerdan con el sentido ascendente de la pedagogía natural, la cual también apunta al hombre, a «educir» al adulto del niño. Característica, pues, de la catequesis como de la pedagogía, es que su trabajo se aplica sobre un ser «no acabado», un ser proyectado hacia un estadio superior de desarrollo. Responde así la catequesis a una de sus mejores definiciones: «La Pedagogía de la Fe».

Interesaría ahora precisar algo más estas etapas del sujeto de la catequesis; pero antes consideraremos la meta del desarrollo, el adulto; analizaremos primero al adulto desde el punto de vista natural, y luego las principales relaciones entre éste y el adulto desde el punto de vista religioso.

## II.—EL ADULTO «NATURAL»

Al hablar de la edad adulta como meta, conviene aclarar lo que entendemos por adulto<sup>2</sup>.

Sería erróneo imaginar una frontera cronológica precisa que marcara el acceso a esa «edad», ya que, según el punto de vista que se adopte, puede variar mucho la entrada en esta etapa; unos señalan los dieciséis años (Terman), otros los veinte, treinta o cuarenta, según que el punto de vista sea fisiológico, psicológico, social o moral, respectivamente.

Sin embargo, en general, nos entendemos al decir que uno es adulto y, si miramos los criterios más generales que suelen aducirse para calificar a uno de adulto —en sentido más bien espiritual—, podríamos señalar, además del haber alcanzado el pleno desarrollo fisiológico, las cuatro características siguientes: terminación, equilibrio, afirmación de sí con capacidad de diálogo, responsabilidad y libertad<sup>3</sup>.

También hay que guardarse de imaginar la edad adulta —meta a la que todo ser humano nace proyectado— como algo estático; más bien se nos presenta como equilibrio de tensiones: alcanzar el conocimiento de los hombres sin que se volatilice la fe en ellos y la ilusión por la vida; compaginar la soledad a que proyecta la vivencia íntima incomunicable, con la sociabilidad; ponderar con exactitud el propio valer sin disminuir el aprecio a los demás, etc.

Estas indicaciones, sin embargo, quedan lejos de ofrecernos una pauta para determinar con cierta probabilidad si una persona ha logrado o no la edad adulta. Sin pretender la precisión de un baremo, las indicaciones siguientes nos permitirán quizá una probabilidad interesante. Para ello, vamos a comparar al adulto sucesivamente con el niño, con el adolescente y con el joven; en cada caso señalaremos dos características, una de signo positivo (algo que tiene el adulto y que no tiene la edad considerada), otra de signo negativo<sup>4</sup> (algo que no está en el adulto y que sí se encuentra en la otra edad). Naturalmente, podrían señalarse multitud de

<sup>2</sup> *Devenir adulte*, ya citado, cap. I, de J. FOLLIER, de particular interés para todo lo que se expone en este apartado.

<sup>3</sup> Michel RIGAL, *Características de la edad adulta*, «Delta», núm. 6, páginas 39-48.

<sup>4</sup> El empleo del calificativo «Negativo», para designar algo que en fin de cuentas representa en el adulto un valor positivo, puede causar extrañeza. Pero, dada la finalidad del artículo, permite un esquema mental fácil de manejar y sintetizar como se verá más adelante.

diferencias otras que las indicadas; pero las que se citan, permiten un elemento de juicio que, sin pretender el rigor de una fórmula, puede resultar asequible y práctico para el conjunto de cuantos hayan de manejar este dato en la pastoral catequística.

*Adulto comparado con el niño.* Positivo: Amplitud de inteligencia con posibilidad de grandes síntesis ideológicas. Negativo: No está condicionado por multitud de factores extrínsecos que limitan la libertad en el niño.

*Adulto comparado con el adolescente.* Positivo: Ha logrado en su vida la síntesis de lo individual y lo social; no sólo se han liquidado las crisis provocadas por la integración de cada uno de estos valores, sino que estas dos polaridades dirigen la vida sin rupturas graves. Negativo: No está condicionado en su obrar por las variaciones inevitables de la afectividad, por todo aquello que podríamos llamar intrínseco-afectivo; ello le permite un equilibrio que resulta siempre precario en el adolescente.

*Adulto comparado con el joven.* Positivo: El adulto posee la experiencia que sólo los años —como suele decirse— permite. Negativo: No necesita tanto esfuerzo para integrar teoría y práctica; esto le permite una paz ideológico-práctica, relativa es verdad, pero sólida.

Es evidente que no todos aquellos a quienes llamamos ordinariamente adultos ostentan estas características; pero podemos admitir fácilmente que los rasgos presentados constituyen el adulto ideal, al cual pensamos referirnos, ya que hablamos de una meta.

### III.—RELACIONES ENTRE EDAD ADULTA «NATURAL» Y EDAD ADULTA «RELIGIOSA»<sup>5</sup>

Es evidente que los defectos típicos del adulto pueden repercutir en la aceptación del Mensaje: así, la suficiencia del que cree bastarse a sí mismo indispone para escuchar la predicación, como ocurrió a tantos contemporáneos de Cristo.

Pero también es cierto que las cualidades peculiares del adulto pueden favorecer la asimilación del Mensaje: su mayor inteligencia, su experiencia de la vida, la liquidación de temores por el acceso a cierta plenitud, su capacidad de reflexión y su «desenga-

<sup>5</sup> *Devenir adulte*, ya citado, cap. VIII, del abbé León BARBEY, Director del Instituto de Pedagogía de las Facultades Católicas de Lyon, es complemento necesario de lo que se expone en este párrafo.

ño» frente a tantas ilusiones que tientan al joven, el mayor sentido de responsabilidad y la mayor estabilidad en sus decisiones, la menor dependencia del ambiente, etc..., todo esto son valores positivos que no «producen» la gracia, pero que permiten un clima favorable al desarrollo óptimo de la semilla.

Podría añadirse a esta lista de cualidades la plenitud en la «toma de conciencia» de sí mismo, lo cual permite al adulto vivir más a fondo los criterios cristianos. Esta «toma de conciencia» en el terreno religioso favorece el arranque decisivo de una religión «en espíritu y verdad» al dejar patente la situación del hombre en la relación personal que Dios quiere establecer con él.

En este sentido es evidente que a mayor madurez corresponde mayor posibilidad de entrega en acto de religión.

Esta asunción plenamente personal de la vivencia religiosa viene favorecida por lo que es ley común en el desarrollo de los seres vivos : la progresiva independización de los progenitores. Naturalmente, en nuestro caso, no puede tratarse de un apartamiento de Dios, sino de una progresiva independización, en la vivencia cristiana, de quienes fueron los instrumentos humanos para la educación de la fe. Característica del niño, según S. Pablo (Efes 4, 14) es dejarse llevar por todo viento de doctrina; el adulto auténtico, en cambio, ha tomado en manos su religión y, aun cuando «un ángel le anunciara un Evangelio distinto, no titubearía». (Gál 1, 8.)

Pero no solo las cualidades de la edad adulta repercuten en la vivencia religiosa, sino que el mismo discurrir temporal tiene ya en ello influencias notables. Todo el vivir del nombre está impregnado de temporalidad: se necesita nacer en el tiempo; a los dos años no se pide al ser humano una religión personal actualizada ni el homenaje de sus actos libres a Dios; nadie pide al niño de tres años que abarque con su inteligencia el conjunto del Misterio cristiano; a los diez no se le exige que vibre frente al misterio de amor de Dios con su Pueblo, ni que saboree el poema de Oseas; tampoco se confía en que, a los catorce, viva su entrega en serena paz.

El vivir todas las riquezas que la Fe brinda al hombre no puede darse normalmente antes del pleno desarrollo humano. No se niega la posible santidad del niño; pero se tratará entonces de un «santo niño» no de alguien que realice la santidad en la plenitud del tipo humano, por la sencilla razón de que este tipo humano acabado aun no se da en él.

Jesús crecía simultáneamente en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres: revelación, que parece señalar al hombre el camino normal hacia la plenitud.

No se dice, pues, que la etapa infantil de la vivencia religiosa represente un fallo; se afirma tan solo que se trata de una etapa en el desarrollo espiritual. Sí sería fallo (más o menos imputable) en el adulto biológico el que guardara una religión infantil.

Tampoco se insinúa que el cristianamente adulto alcance una meta y allí se establezca en estado de reposo: ser adulto es lograr unas condiciones mínimas de plenitud; a partir de ahí no hay límite en el crecimiento: la vida divina es inagotable en sus posibilidades desde que el Hijo de Dios la vivió con nuestra humanidad (bastaría pensar en la profundización intelectual sin fronteras que se abre ante la inteligencia humana, y las repercusiones que ello puede suponer en la vida).

Suficientemente afirmada la existencia de *cierta progresión* en la vivencia religiosa, de algún modo condicionada por la maduración humana, podríamos mirar si las características de las principales etapas en esta maduración no valdrían, por lo menos como analogía, para señalar otras tantas etapas en la maduración de la fe.

#### IV.—ALGUNAS ETAPAS EN EL CRECIMIENTO DE LA FE

En lo religioso también existe *nacimiento*: Cristo es explícito ante Nicodemo y no lo son menos los escritores inspirados del Nuevo Testamento. Lo que solemos admitir comúnmente en el estudio del kerygma y la conversión se teje a partir de la afirmación básica que encabeza este apartado.

Este nacimiento «personal» en la fe se muestra con cierta claridad en el adulto convertido. Para precisar la situación del niño a este respecto, citemos la comparación que nos ofrece San Pío X en la «Acerbo nimis»:

«Ciertamente los bautizados en Jesucristo fuimos enriquecidos con el hábito de la fe; mas esta divina semilla no llega a crecer y echar grandes ramas, abandonada a sí misma y como por virtud nativa. Tiene el hombre, desde que viene a este mundo, facultad de entender; mas esta facultad necesita la excitación de la palabra materna para convertirse en acto, como suele decirse en las escuelas; y esto precisamente le sucede al hombre cristiano, que, al

renacer por el agua y el Espíritu Santo, trae como en germen la fe, mas necesita de la enseñanza de la Iglesia para que esta fe pueda nutrirse, desarrollarse y dar fruto.»

Pero tanto el adulto como el niño recién bautizado —éste cuando sus facultades se lo permitan, aquél según la correspondencia de su voluntad a la gracia— han de lograr plena conciencia de su inserción en la vida divina: trabajo largo y delicado a que se aplicará la catequesis a través de múltiples etapas, algunas de las cuales intentaremos esquematizar a continuación.

Primero, amanece una *etapa infantil*. No se trata de una etapa simple, sencilla; cualquiera de los estudios modernos sobre esta edad nos demuestra la complejidad de la maduración en tal período.

Una de las características del desarrollo en esta edad es la dependencia de los demás, dependencia indispensable y decisiva.

En el progreso religioso no hay dificultad en evocar una etapa muy semejante. Característico del proceder de Dios es su voluntad de que los hombres necesiten unos de otros para dar los primeros pasos en la fe; aun en el caso de Saulo, en que el Señor interviene tan directamente, el convertido debe dirigirse a Ananías y a la Iglesia: «La fe proviene del oír, dirá el mismo Pablo (Rom 10, 15-18), y el oír depende de la palabra de Cristo. Y ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica?...».

Otro hecho decisivo de esta etapa religiosa, que recuerda sorprendentemente el período análogo del desarrollo biológico, es el descubrimiento del «yo religioso». En el plano natural, hacia los tres años, todo lo que el niño conocía empieza a orientarse con relación a él, queda como re-aprendido bajo el signo de la propia conciencia, de la relación a sí mismo, y se colorea de sentimiento según los intereses que en él suscite.

Algo de eso sucede en la cristianización profunda del individuo: las ideas y vivencias religiosas empiezan a tomar sentido con relación a él; nace el «yo religioso»; lo religioso le interesa a él personalmente. La experiencia apostólica muestra cómo es éste uno de los descubrimientos decisivos del convertido.

A partir de esto, podría pensarse en tantos adultos que, desde el punto de vista cristiano, apenas si han alcanzado la etapa infantil; nunca se han planteado su vivencia religiosa como problema personal; uno ha sido hecho cristiano por el bautismo, como hubie-

ra podido ser mahometano de haber nacido en otra región: ser cristiano es una especie de herencia que se recibe sin problema personal.

Mientras el individuo permanezca en esta situación, puede decirse que su cristianismo es infantil. Se ha recibido lo religioso sin espíritu crítico, reaccionando determinísticamente según los condicionamientos que vienen de fuera... Aun están por llegar las tragedias de las crisis de adolescencia. Cierta paz, si existe, no viene de una fuerza sino de ignorancia, que es siempre debilidad. Así se explican los desastres de muchas apostasías bajo el impacto de las corrientes ideológicas o culturales: los individuos que se daba por catequizados, habían empezado apenas su desarrollo cristiano.

Señalemos ahora algunas características de la *adolescencia* que pueden orientarnos en el estudio de las etapas de la catequización.

La adolescencia tiene algo de «zafarrancho de combate»; no es tal o cual aspecto del individuo lo que entra en crisis, sino todo el ser desde lo más profundo.

Desde el punto de vista espiritual, suele seguir a la situación señalada más arriba, un período de crisis a modo de «noche oscura» que precede a la madurez espiritual... Si la catequesis, que es pedagogía de la fe, trabaja apenas en esta etapa —catequística, sin embargo, como ninguna—, la pedagogía profana, en cambio, se ocupa de lleno de la adolescencia; la causa de este olvido debe achacarse sin duda a que la catequesis ha mirado demasiado exclusivamente como terreno suyo tan sólo la «infancia cristiana».

Sin embargo, esto que venimos en llamar «adolescencia cristiana», es etapa importantísima en el crecimiento de la fe, porque en ella el cristiano se define.

Así como la adolescencia es la etapa en que el niño, personalidad indefinida hasta entonces, toma sus rasgos característicos, los que van a marcarle para toda la vida, existe probablemente también una etapa de «cristianización» en que se pasa de ser «un cristiano» a ser «el cristiano fulano de tal»; la vivencia de la fe empieza a tomar originalidad, rasgos típicos que distinguen la vida cristiana de cada uno.

Otra característica de la adolescencia psicológica es el rápido cambio de polaridad que se produce en un momento dado entre los intereses psicológicos centrados sobre uno mismo y los intereses sociológicos, de abertura hacia los demás, cambio decisivo en la marcha hacia la edad adulta.

En el plano de la maduración espiritual podría evocarse como hecho análogo el paso de una piedad de tipo más bien individualista en los comienzos, hacia una piedad más abierta a los valores comunitarios, que desemboca en una vivencia más completa de la moral y en la participación plena en la liturgia.

También podría hacerse notar aquí que hay demasiados cristianos que terminan su crecimiento en la «adolescencia»: no acaban de definir los rasgos de su personalidad cristiana; los principios cristianos no han logrado integrarse en todo aquello que les define: temperamento, trabajo, ilusiones, cultura, o criterios... En cuanto a piedad, parecen alérgicos a las formas comunitarias del culto cristiano.

El remedio, sin embargo, en este último caso, no sería destruir la piedad individualista para edificar otra de signo más comunitario sobre las ruinas de la anterior. El sucederse de estas etapas, sin saltar imprudentemente los jalones principales, tiene su importancia en lo espiritual como en lo psicológico. En esta última perspectiva, por ejemplo, si no ha precedido una etapa suficientemente individualista, faltará, sin duda, un punto de apoyo para el paso normal de abertura hacia el otro. Desde el punto de vista religioso, una iniciación comunitaria precoz, llevada sin la debida prudencia, será quizá un impedimento para llegar a la madurez equilibrada si no ha precedido una vivencia suficiente de la piedad de signo personal; cosa semejante ocurre al individuo que se pierde con facilidad en la masa por no haber pasado normalmente la crisis de adolescencia, la cual, por la misma violencia con que le sacude, le obliga a definirse.

Esto último nos llevaría a pensar en los abandonos por parte de ciertos convertidos a quienes se ha evitado todo problema, y de muchos catequizados a quienes se ha ahorrado sistemáticamente toda posibilidad de crisis. Podría sugerirse a los catequistas, con la prudencia que la cosa requiere, el que eviten excesivas tutelas que mantienen al catequizado —cuando ya ha logrado cierto punto de su maduración— en infantilidad espiritual: el alma no se atreve a asumir su cristianismo: situación peligrosa para la perseverancia en la fe, hoy más que nunca por los señuelos ideológicos que cruzan sin trabas posibles nuestros horizontes culturales.

Lo dicho hasta aquí sobre algunos rasgos de estas etapas hacia la madurez deja adivinar lo interesante de un estudio de las características más externas, más observables de estas etapas: para

orientar la labor del catequista; para prever las crisis inevitables y normales por las que tarde o temprano pasará la fe de nuestros catequizandos en su crecimiento; para conocer los síntomas de que se ha logrado la madurez cristiana, dando entonces por terminado con garantías el período catequístico; para no dar, en cambio, por terminada oficialmente la catequesis cuando el cristiano entra en el momento más peligroso de las crisis que van a definir su personalidad religiosa...

En lo que sigue intentaremos precisar algo más estos rasgos distintivos, sistematizándolos al máximo para facilitar su utilización por parte del catequista.

#### V.—CARACTERÍSTICAS DEL ADULTO CRISTIANO

Para esbozar un esquema —cuya utilización exigirá siempre infinita prudencia para no juzgar encasillables ni el espíritu del hombre ni menos la acción del Espíritu de Dios— podemos acudir a la sistematización esbozada en el párrafo II (El adulto natural), pero haciendo ahora la aplicación analógica de todo lo dicho allí, al adulto en sentido religioso. Este puede ser comparado sucesivamente con el cristianamente niño, adolescente o joven, pudiendo notarse en cada caso una característica positiva y otra negativa: algo, como decíamos, que está en el adulto y falta relativamente en los demás, o que no está en el adulto y sí se halla en las otras «edades».

*Adulto comparado con el niño.* Positivo: La amplitud de sus síntesis le permite una inteligencia mucho más profunda del Misterio. Negativo: No está condicionado, como el niño, por los factores extrínsecos: personas, ambientes, etc.

*Adulto comparado con el adolescente.* Positivo: Ha logrado una síntesis satisfactoria entre la vivencia individual y la vivencia social del Misterio cristiano. Negativo: No está condicionado por las variaciones afectivas, lo cual le permite un equilibrio que no puede disfrutar el cristianamente adolescente.

*Adulto comparado con el joven.* Positivo: Tiene la garantía de la experiencia; la vivencia, desde más o menos años, de los principios cristianos en las situaciones más importantes de la vida humana, permiten una síntesis de teoría y práctica que abren a una

filosofía práctico-cristiana de la vida, una como «sabiduría cristiana» en el sentido que la Biblia da a la palabra «sabiduría». Negativo: Lo idealmente soñado y la realidad tal como se nos presenta no están en situación de lucha trágica, sino que llegan a una especie de acuerdo, relativo siempre, pero aceptable. Esto abre a una independencia mucho mayor frente a las dudas y variaciones ideológicas.

Estas peculiaridades, tan fuertemente esquematizadas, nos permiten considerar en el adulto cristiano dos características más generales que llamaremos: Síntesis e independencia.

#### *Síntesis:*

- 1.º Amplia y profunda a la vez del conjunto del dato revelado.
- 2.º Del aspecto individual y del aspecto social de la vivencia cristiana.
- 3.º De «lo teórico» y de «lo práctico» del cristianismo.

#### *Independencia:*

- 1.º De los condicionamientos extrínsecos.
- 2.º De los condicionamientos intrínsecos afectivos.
- 3.º De los condicionamientos intrínsecos ideológicos.

Todo esto supone que cada avance no destruye lo conquistado en la etapa anterior, sino que integra los valores logrados para el servicio de la etapa superior siguiente: el adulto perfecto no ha matado en sí la curiosidad del niño, ni la inquietud del adolescente, ni la afectividad del joven, sino que lo ha integrado todo en una vivencia superior lograda en *la paz*.

Si tuviéramos que resumir en una palabra la característica de conjunto del adulto cristiano, no hallaríamos otra mejor que *paz*, coincidiendo así con el gran regalo de Cristo resucitado a los suyos: el equilibrio, la paz en el orden, y esta paz, robusta, conquistada, sería como el gran signo de la edad adulta; no la paz del mundo, sino la que se apoya en Cristo, y se logra a fuerza de fundamentar todo el edificio en la caridad en su doble vertiente hacia Dios y hacia el prójimo, todo ello amasado en renuncia. Sólo del cristiano establecido en esta paz puede decirse que ha terminado de verdad su «etapa catequística».

Esta característica de conjunto nos confirma en la idea de que

existe cierta relación importante entre la maduración catequística y las edades cronológicas: ¿Cómo pedir, en efecto, al joven o al niño esta paz «rodada» en la experiencia, ya que toda «profesión», y también la cristiana, viene delimitada por un conjunto de normas cuya asimilación no puede llamarse perfecta mientras no haya sido contrastada con un vivir suficientemente completo?

No arguye esto pobreza para las etapas que preceden, pues cada una ofrece al progreso religioso riquezas inagotables: alcanzar una amplia síntesis intelectual del Misterio, experiencia que hacía exultar a S. Pablo según confiesa a los Efesios (3, 1 ss.); llegar a la independencia de los condicionamientos extrínsecos, o afectivos, o ideológicos... ¿quién puede jactarse de haberlo conseguido totalmente? Debe pensar, además, el catequista que el logro de cada una de estas posibilidades, la edad cronológica en que ello se ha alcanzado, el modo y las circunstancias como se ha obtenido, todo esto marca profundamente la vivencia cristiana futura del catequizado.

Este madurar cristiano ofrece, pues, al catequista, campo complejísimo e inagotable de estudio y trabajo; en el párrafo siguiente subrayaremos algunas de estas posibilidades catequísticas, omitiendo multitud de otras que el catequista experimentado sacará sin dificultad de todo lo que antecede.

## VI.—ALGUNAS APLICACIONES CATEQUÍSTICAS

### 1. *Meta y etapas.*

La catequesis apunta —por lo menos en segundo lugar, como indicábamos al principio—, al logro del adulto cristiano. Por esto mismo, al trabajar sobre el niño, el adolescente o el joven, el catequista no pierde nunca de vista al adulto que late en ellos como causa ejemplar; olvidar al adulto futuro cuando se trabaja sobre las etapas anteriores, sería exponerse a desenfocar la labor catequística; de ahí la importancia de haber reflexionado sobre las características del cristianamente adulto aun cuando se esté catequizando a párvulos.

Queda claro también que la catequesis es esencialmente etapa en el avanzar de la vida cristiana; estaría, pues, equivocado quien

pretendiera convertirla en meta. La catequesis, por ser pedagogía, se presenta en su mismo sentido etimológico como «conducir hacia». Esto no disminuye en nada la grandeza de la misión catequística, sino que le da más bien un matiz especial de abnegación: el catequista tiene conciencia de preparar las almas para que otros recojan los frutos de lo plantado por él: «En esto sale verdadero el dicho: «uno es el que siembra, otro el que recoge». (Io 4, 37.)

No es la catequesis punto de llegada, ni tampoco es punto de partida; éste viene representado por el kerygma, el primer impacto que busca la apertura del alma a la gracia en vistas a la conversión. La catequesis se halla en el medio entre estos dos períodos gozosos: la conversión-nacimiento y la madurez; es la etapa larga y decisiva cuya importancia pocos entre los hombres saben calibrar, aun entre los que se dedican a «cosechar con gozo».

Añadamos, sin embargo, que no habría que distinguir demasiado simplistamente entre catequesis y kerygma: entre los participantes a una catequesis casi siempre hay candidatos a una acción de conversión, por lo cual el elemento kerygmático-evangelizador más debería sobrar que faltar en toda catequesis.

## 2. *Interés y complejidad de estas etapas.*

Nos faltan «escalas comprobadas» (siempre muy relativas y generales, naturalmente) para vislumbrar cómo podría comportarse lógicamente el cristiano «normal» en cada etapa de su desarrollo humano; para saber algo de lo que podría ser su religiosidad cuando ésta ha ido siguiendo en forma óptima su crecimiento; para estudiar ciertas dificultades de los convertidos a tal o cual edad frente a los crecidos en ambientes tradicionalmente cristianos; para ver en qué forma influye en la religiosidad de un catequizado el desfase entre desarrollo físico y maduración cristiana...<sup>6</sup>.

Este problema del desfase entre edad cronológica y edad cristiana es importante, ya que a menudo el catequista ha de hablar

---

<sup>6</sup> Naturalmente que si en algo no caben determinismos es en este terreno, en que el Espíritu Santo obra con soberana libertad; pero sin duda podrá llegarse a criterios algo más «positivos» que los actuales, cuando la catequesis progrese por este camino... Basta recordar las prevenciones con que topó la Sociología Pastoral en sus comienzos por parte de quienes temían se intentara trazar caminos al Espíritu Santo, y cómo, una vez aclaradas las posiciones, la Sociología Pastoral resultó instrumento de primer orden en la obra pastoral de la Iglesia.

de temas para «lactantes espirituales» a hombres cronológica e ideológicamente maduros: el catequista tiende entonces a tratarles como hombres acabados en todos los terrenos cuando en lo espiritual son niños; en cambio, tiene tendencia quizá a hablar como a «niños», a chicos y jóvenes que están espiritualmente más maduros que muchos hombres granados. Añádase a esta dificultad el hecho de que, si se trata de chicos adelantados espiritualmente, habrá que adaptar siempre el lenguaje a las posibilidades intelectuales de la edad que tengan.

Ocurrirá todavía que entre los presentes a una sesión de catequesis haya pocos en la misma edad espiritual; y si una de las normas fundamentales de la catequesis, como de toda pedagogía, es la adaptación, se comprende la dificultad del catequista para lograrla. Si ya es engañoso, por más que sea indispensable, el recurso pedagógico de agrupar a los alumnos por edades, como si todos los de la misma edad pudieran ser tratados de modo semejante, más engañoso sería considerar prácticamente a todos los presentes a una catequesis como pertenecientes a la misma edad espiritual.

Quizá sea permitido soñar —en una especie de sueño catequístico de anticipación—, que el esfuerzo de la especialización cara al progreso de los métodos educativos, alcanzará también a la Pedagogía de la Fe, llegando a contar ésta con especialistas para tal o cual edad, no tanto cronológica, cuanto catequística, después, claro está, de que las características de cada «edad» se hayan estudiado detenidamente.

Pero esto no puede pensarse antes de que los catequistas se decidan a trabajar en equipo en la catequesis, poniendo en común sus posibilidades y su experiencia, como ha ocurrido o empieza a ocurrir, evocando lo dicho en nota anterior, en la Sociología Pastoral.

### 3. *Las crisis.*

No puede haber paso de una etapa a otra sin crisis: toda etapa algo definida supone cierta fijación providencial que permitirá construir lo que viene sobre algo sólido; hay como un instinto de conservación que lleva a apoyar sólidamente en lo anterior. Sucede entonces que la necesidad de dejar lo poseído para saltar a la etapa siguiente exige rupturas que no pueden realizarse sin una base de

renuncia evangélica que no puede descuidar el catequista. Sin ello una notable proporción de los catequizados engrosará el número de los retrasados o inadaptados «espirituales».

No puede el catequista, como se ha indicado más arriba, forzar las etapas del desarrollo espiritual, pues aquí se cumple también la sentencia: «El tiempo se venga de lo que se hace sin contar con él»; el hombre difícilmente alcanzará un cristianismo adulto, obra de arte espiritual, si no ha pasado por una conversión, infancia, adolescencia y juventud normales... Hay quien no ha salido de la infancia; pero hay quien no ha tenido infancia: ambas situaciones ofrecen sus reparos.

Todavía puede señalarse un matiz de estas crisis en los pasos de etapa, y también por cierta comparación con el orden natural: dado el paso decisivo, se manifiesta como un sentimiento de angustia que provoca al retroceso; se trata de una sensación como de temor ante el atrevimiento y la insuficiente garantía del paso dado: el adolescente forcejea por liberarse de las tutelas y, una vez logrado, le entran mil temores al medir su desamparo; el niño tiene multitud de recursos para prolongar su infancia y asegurar con ello la protección de los suyos... Habrá que formar al catequizado para que esté dispuesto siempre a quemar sus naves para obedecer al Espíritu de vida que le empuja a avanzar hacia el hombre perfecto en Cristo.

### CONCLUSIÓN

Dice Mons. GARRONE<sup>7</sup>: «Una educación que apuntara tan solo a lograr individuos que mantuvieran costumbres, puede estar segura de haber fallado su meta. Tenía que haber educado a hombres cuya fe resultara lo bastante robusta, elástica e inteligente como para reconocer las novedades de la existencia y aceptar, no sólo sin peligros, sino aun con eficiencia, los riesgos de las resistencias y de las creaciones».

Ningún país puede librarse de las influencias de la evolución mundial que ensancha los horizontes de los individuos y les hace vivir en relaciones permanentes de dependencia con toda clase de personas, ideas y organizaciones de signo religioso discutible o con-

<sup>7</sup> Mons. G. GARRONE, *Foi et Pédagogie*, Edic. Desclée, Tournai, 1961, p. 182-183.

tradictorio. Este enfrentamiento de criterios constituye una prueba seria para la fe del individuo. De ahí que si la catequesis no forma «adultos cristianos», capaces de pensar y obrar con personalidad, se prepara fracasos en proporción trágica.

Pero tan importante como considerar los peligros es no olvidar las metas: la cristianización del mundo exige, a corto o largo plazo, la de sus estructuras; éstas no se harán cristianas sino a través de los criterios de quienes, como levadura, han de hacer fermentar los grupos naturales en que se hallan inmersos. Ahora bien, sólo los criterios cristianos, vividos y reactualizados incansablemente a lo largo de una catequesis ambiciosa e inteligente, pueden lograr de la multitud de los catequizados el «ya no soy yo quien vivo, Cristo es el que vive en mí». Esto, hecho paz (la paz prometida por Cristo), es la cumbre que debe proponerse la maduración cristiana. Mientras no se haya conseguido, no se ha logrado el «adulto cristiano» por más que se pertenezca a vieja estirpe de practicantes-religiosos, por años que hayan transcurrido desde el bautismo: se tendrá tan solo un «catequizando» en cualquiera de las múltiples etapas de su desarrollo espiritual.

Sin embargo, en esta exigencia, el catequista debe guardar amplitud de criterios: ni él ni nadie conseguirán en esta vida el tipo de «adulto» perfecto; sólo el Hijo del hombre lo realizó, constituyéndose al mismo tiempo en su plenitud humano-divina causa final y eficiente de todo progreso catequístico.

Carlos Godoy, F.S.C.

#### NOTA BIBLIOGRÁFICA

Para completar lo dicho y abrir otras perspectivas, resultarán de interés los libros y artículos siguientes:

A. LIEGE, *Adultes dans le Christ*, Office Général du Livre, Paris, 1958, 84 p., 19 x 13,5.

*L'œi d'enfant... Foi d'adulte*, Actas del segundo Congreso Nacional de la Enseñanza Religiosa, París: 24, 25 y 26 de abril de 1957; número especial de «La Documentation Catéchistique»; 463 p., 22 x 17. Aun cuando las seis conferencias son de gran interés, no lo son menos buena parte de los coloquios. El conjunto forma un arsenal de datos de gran valor en la línea de lo tratado en el artículo.

Romano GUARDINI, *La aceptación de sí mismo*, Guadarrama, Madrid, 1962. Se trata de dos ensayos: el primero, de unas 40 p., que corresponde al título, y el segundo, el que interesa aquí, de unas 100 p., titulado: «Las edades de la vida».

Louis-Lucien HELLER, *Les âges de l'homme*, Editions Alsatia, Paris, 1949, 319 p., 19 x 14., especialmente el cap. VIII que trata de «Las edades espirituales del hombre»; presenta las subdivisiones siguientes: Evolución particular de la vida espiritual; la vida espiritual, fenómeno de conciencia; la «sabiduría»; la vida espiritual propiamente dicha; edades cronológicas y edades espirituales; punto de unión.»

A pesar de la relación con el tema tratado en este artículo, he permanecido al margen de este libro; sin embargo, el lector encontrará en él ideas interesantes y originales, aun cuando discrepará sin duda de ciertos criterios del Dr. HELLER a propósito de la «vida espiritual».

- Sr. MARGUERITTE, *L'éducation de l'amour*, (De la captivité infantile à l'oblativité adulte), «Catéchistes» 6 (1955), 11-17.
- F. CROZON, *Vers une vie chrétienne d'adulte*, «Catéchistes», 12 (1961), 173-181.
- A. GODIN, *Croissance psychologique et prière chrétienne*, «Catéchistes», 9 (1958), 303-314.